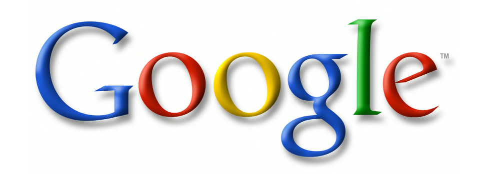
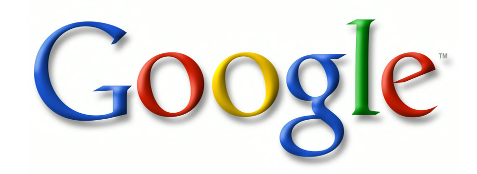




GALERIA DRAMATICA.

COLECCION

DE LAS MEJORES OBRAS

DEL TEATRO

ANTIGUO Y MODERNO ESPAÑOL

Y DEL ESTRANGERO.

POR

LOS PRINCIPALES AUTORES.



Madrid.

Editor propietario M. P. Delgado,

CALLE DE JESUS Y MARIA, n.° 4.

DOS VALIDOS

Y

CASTILLOS EN EL AIRE.

Comedia histórica original en tres actos,

DE

Don Tomás Rodriguez Rubí.

Esta comedia ha sido aprobada para su representacion por la Junta de censura de los Teatros del Reino en 17 de Octubre de 1849.

M. P. D.

MADRID.

IMPRENTA DE DON CIPRIANO LOPEZ.
Cava-baja, n.° 19, bajo.
Marzo 1857.


868
R726dn
A 465827

ACTO PRIMERO.

Antecámara de la reina en el palacio del Buen-Retiro. — En el fondo la puerta del oratorio: en el ángulo de la derecha un balcon: en el de la izquierda una puerta secreta: á la derecha otra puerta que conduce á los salones y galerías, y otra á la izquierda que lleva á la cámara de la reina.

ESCENA PRIMERA.

EL MARQUÉS DE AYTONA, *saliendo por la puerta de la izquierda.*

Brillante está el besa-manos:
desde que en palacio asisto,
por San Millan que no he visto
tal prole de cortesanos.
Ya no me inquieta el rumor
de los que en vano han querido
echar por tierra al partido
del ilustre inquisidor.
Que vengan, esta vez sola,
y verán, pese á su encono,
en hombros alzarse el trono
de la nobleza española.
(*Mirando á la puerta de la derecha.*)
Y no son visiones mias;
de hidalgos y de infanzones
llenos están los salones,
cuajadas las galerías.
Ah!... los deudos de don Juan

llorar pueden su derrota...
(*Oyese á lo lejos rumor de gente: el marqués asoma al balcon.*)
¡Hola!... el pueblo se alborota?
si vendrá á pedirnos pan?
quiera el cielo que no acierte...
Ba!... no es nada: hoy el coloso
aunque está menesteroso
se le olvida y se divierte.
Ya está visto que á ese enjambre
no hay mas que darle festejos,
y bailará, y se irá lejos...
aunque se muera de hambre.

ESCENA II.

EL MARQUÉS. EL PADRE EVERARDO, *por la puerta secreta.*

Marques. Qué!... sois vos, padre Everardo,
por tan oculto lugar?...
Dadme la mano á besar. (*La besa.*)
Cómo es que andais hoy tan tardo?
Hoy de la reina, señor,
los dias celebra España;
y es por cierto cosa estraña
que falte su confesor.
Everardo. Yo espero, marqués de Aytona,
que me dispense el cumplido
en gracia de lo que cuido
del lustre de la corona.
Me ha sido fuerza atender
á ciertas revelaciones,
y ordenar varias prisiones
por los escesos de ayer.
Marques. Bien; duro en los revoltosos:
lo siento como lo digo,
pues siempre he sido enemigo
de los gritos sediciosos.
Si vos no los aterrais...
aunque hoy, padre, por su daño
no llevan mal desengaño...

erardo. Cómo?

ırques. Y vos lo preguntais?
Por cierto me maravilla.
Ved de mi dicho en abono
cómo se dobla ante el trono
la nobleza de Castilla.
Ved en la plaza además
del pueblo gratas señales,
puesto que olvida sus males
de la algazara al compás.
Conque es seguro, por Dios,
que si de hombres tantos cientos
con la reina están contentos,
contentos están con vos.

erardo. Seguridad no me dán
de pureza esos crisoles:
conozco á los españoles
aunque he nacido aleman.
Sé que cunde la traicion,
buen marqués, de dia en dia,
y en medio de esa alegría
fermenta la rebelion.

rques. Cierto?

erardo. Há poco, desde aquí,
no oistes de los traidores
allá en la plaza rumores?

ırques. Padre Everardo, sí oí.

erardo. Pues bueno: la causa fué
que al mirarme se irritaron
y á gritos me denostaron...
gritos que yo no escuché.
Pero la audacia creció,
y hubo entre la gente moza
quien al pasar mi carroza
con obras se desmandó.

rques. Qué sacrilegio!

erardo. Apunté
los que al paso conocí,
y ya las órdenes dí
al tribunal de la fé.

rques. Me asombran los desleales:
conspiran con tal porfia...

quién les dá tanta osadía?
Everardo. Juan de Austria y sus parciales.
Marques. Si en él fundan su esperanza,
cuándo la han de realizar?
qué es lo que intentan sacar
del bastardo y su alianza?
Ya por dicha á Cataluña
el francés abandonó,
y al punto por vos salió
don Juan para la Coruña.
Hiciéronsele agasajos,
y tales, que solo anhela
en breve darse á la vela
para los Paises-Bajos.
Si se va, á quién clamarán?
Everardo. Tan solo hay un mal, marqués.
Marques. Un mal decís; y cuál es?
Everardo. Que no se embarca don Juan.
Marques. Será posible?
Everardo. Es lo cierto:
publicando su traicion,
hoy llegó la dimision,
que remite desde el puerto.
Marques. Y, vos le permitireis
que dé la vuelta á Madrid,
y que otra mas cruda lid...
Everardo. Que vos me lo pregunteis!
Marques. Bien pudiera suceder
que él con nuevas fuerzas hoy...
Everardo. No importa, marqués; yo estoy
en la cumbre del poder.
Sus fuerzas váisme á nombrar!
Cuatro menguados que agitan
al pueblo, y tal vez me irritan
las ondas de aquese mar.
Mas tanto se embraveció
en las borrascas pasadas,
que al son de las oleadas
me duermo tranquilo yo.
Ay... si llego á dispertar!
al derribar sus altares
las cabezas á millares

lanzaré sobre ese mar.
Vereis trocarse, marqués,
en humo tantas bravezas...
y al ver nadar las cabezas
cómo se calma despues.

Marques. Pero eso no mas será
cuando ofenda la traicion
al trono y la religion.

Everardo. Eso mismo, claro está.
Y porque mas no me arguya
de cruel vuestra malicia,
ya he levantado milicia
tan solo en defensa suya.

Marques. Yo, padre, á vos de cruel!...

Everardo. La guardia desde este dia
se llama *Coronelia*,
y vos sois su coronel.

Marques. Yo no merezco cual veis
tan cumplidas distinciones.

Everardo. Ayudad mis intenciones
y acaso las obtendreis,
buen marqués, de mayor medro,
cuando una vez asombrado
me mire el orbe sentado
en la silla de San Pedro.

Marques. A tan alta dignidad
sois acreedor, y confieso...

Everardo. Aytona, dejemos eso.
Quién hay con su magestad?

Marques. De soldados y galanes
la régia estancia está llena:
Alba, Osuna y Caracena:
los Pachecos, los Guzmanes,
Malladas el de Aragon...
y tambien con ellos anda
el conde de Peñaranda.

Everardo. Recelo en ese traicion.

Marques. Mirad, padre, que se vende
por vuestro amigo, y adora
á la reina mi señora.

Everardo. Y sabe Dios á quién vende.
Me habeis dicho que Malladas

estaba dentro?

Marques. Así es.

Everardo. A ese buen aragonés
le gustan las asonadas.

Marques. Mucho?

Everardo. No lo sabeis vos;
ya por su mala fortuna
ha sido el alma de una,
mas no lo será de dos.

Marques. Pues despachadlo á su tierra,
porque aquí segun se ve...

Everardo. Sí, tan lejos lo enviaré
que no nos hará mas guerra.
(*Rumor interior.*)
Qué?

Marques. (*Mirando por la puerta de la izquierda.*)
A lo que puedo alcanzar
salen del régio salon...

Everardo. Marqués, desde ese balcon
podremos verlos pasar.

(*Entran en el balcon y cierran las puertas de cristales.*)

ESCENA III.

EVERARDO. EL MARQUÉS. MALLADAS *y* OCHO CABALLEROS *que forman un grupo en la escena. Continúa saliendo de la cámara de la reina y atraviesa el teatro el mayor número posible de señoras y cortesanos.*

Malladas. Señores, lo que es la reina
es todo una soberana.

Mendoza. En España siempre han sido
soberanos los monarcas.

Malladas. Eh! Mendoza, poco á poco;
no me gloseis las palabras.
Lo digo por su esplendor,
por sus bondades sin tasa,
y en fin, por cierto gracejo
que hace olvidar que es del Austria.

Mendoza. Perdonad mi impertinencia.

Malladas. Lo haré, y con toda mi alma.
Yo, señores, no he nacido

entre bordados ni bandas,
y no frecuento la corte
sino de ramos á pascuas.
Me he criado en Aragon,
y Zaragoza es mi patria:
allí, como saben todos,
el corazon es el que habla,
conque no hay que horripilarse
con lo que diga Malladas.

Mendoza. (*Bajo á los mas inmediatos.*)
Quereis verlo echar venablos?

Todos. Sí, sí!

Mendoza. (Pues bueno.) Me pasma
que en un dia tan solemne
como el de hoy, haya hecho falta
el ministro inquisidor,
el padre de tantas almas,
que se ha propuesto que ayunen
todas las que encierra España.

Malladas. No me hableis del jesuita,
ó andamos á cuchilladas.
Maldicion sobre vosotros,
gentecilla afeminada,
que sufrís al que os ha puesto
el dogal en la garganta.
Me alegro. Veis y adorais
á un estrangero que el Austria
tiene aquí con el objèto
de aligerar nuestras arcas.
Ya lo hace, no se descuida,
y en cambio os dará las gracias
escomulgándoos á todos
cuando consiga ser Papa.

Everardo. Oís, marqués?

Marques. Renegado
debe ser el tal Malladas.

Mendoza. Pero, y qué le hemos de hacer?
de qué servirá la audacia
con un hombre que en su mano
tiene el poder?...

Malladas. Sí? pues vaya
á Aragon con mas si puede,

y verá lo que le pasa.
Mas, no irá... y hará muy bien,
que al cabo desde aquí manda
rodeado de corchetes,
inquisidores y guardias,
y mal ó bien, por do quiera
su cetro de hierro acatan.

Mendoza. Terrible sois, don José.

Malladas. No conoceis á Malladas.
Voto al diablo! Si yo fuera
un conde de Peñaranda,
y contára como él
con la gracia soberana,
dónde pensais que estaría
el santo varon?... en Africa.

Todos. Ja! ja!...

Malladas. Mas no soy el conde,
y le hago en menor escala
la guerra... vereis muy pronto
qué cipizape se arma;
no ha de quedar un cristal
en la calle ni en su casa.

Todos. Callad!

Mendoza. Que os comprometeis.

Malladas. El que teme es el que calla.
Hemos de estar siempre mudos?
Pues no sabeis lo que pasa?

Todos. Qué?

Malladas. Ya el príncipe don Juan
ni nos deja ni se embarca.

Todos. (*A media voz.*)
Viva!

Mendoza. Chits!... pero eso es cierto?

Malladas. Ayer tarde he visto cartas
de Galicia y de Aragon
que no dejan dudar nada.

Mendoza. Y qué escusa dá á la reina
para evadirse...

Malladas. La falta
de salud; pero, señores,
yo sé que es otra la causa.

Todos. Y cuál?

Malladas. Nada; que el Loyola
quiere que el príncipe vaya
á afrontar á Luis catorce,
sin dineros y sin lanzas.
Todos. Qué maldad!
Mendoza. Pues si se ha dicho
que nada á bordo faltaba.
Malladas. Esa voz la ha hecho correr
el ministro; pero es falsa.
El guante ya está arrojado,
veremos quién lo levanta.
La corona de Aragon
toda á don Juan idolatra,
porque es español y sabe
pelear en las batallas.
Dígalo la de Estremoz,
que á Portugal fué tan cara.
Ya le estoy viendo, señores,
llegar á marchas forzadas
y arrojar de este palacio
á la estrangera canalla.
Vereis entonces trocarse
la educacion escolástica
que le dán al jóven rey
por la ciencia de las armas:
y la plebe tendrá pan...
Mendoza. Alguien se acerca, Malladas.
Malladas. Quién es?
Mendoza. A la camarista
doña Leonor acompaña,
haciéndole los honores,
el conde de Peñaranda.
Malladas. Válgame Dios! el buen conde
siempre á vueltas con las damas.

ESCENA IV.

DOÑA LEONOR. EL CONDE. EVERARDO. EL MARQUÉS. MALLADAS y CABALLEROS.

(*Salen doña Leonor y el conde por la puerta de la iquierda, atraviesan el teatro, y se van por la de la derecha.*)

Leonor. Quedaos con su magestad.
Conde. Leonor, vendré sin tardanza
en dejándoos en el coche.
Leonor. Yo sentiré, Peñaranda,
que vuestra cortesanía
os cueste...
Conde. Costarme? nada:
y por vos...
Leonor. No hableis tan alto.
Conde. (*Ofreciéndole el brazo, y reparando en los que están en la escena.*)
Teneis razon: me olvidaba... (*Vanse.*)

ESCENA V.

EVERARDO. EL MARQUÉS. MALLADAS. MENDOZA y CABALLEROS.

Mendoza. Eh!... qué tal? en secreticos
con las camaristas anda.
El mismo diablo es el conde.
Malladas. Pues si á saberlo llegára...
Mendoza. Por demás sois malicioso.
Malladas. La regente...
Todos. Chits!... Malladas!...
Mendoza. No toqueis á esa cuestion,
porque es andar sobre ascuas;
además que no es seguro...
Malladas. Escelente diplomacia,
y lo sabe todo el reino...
pero aquí está Peñaranda,
y él mismo nos sacará
de dudas...

ESCENA VI.

EVERARDO. EL MARQUÉS. EL CONDE. MALLADAS. MENDOZA *y* CABALLEROS.

Conde. De qué se trata?
Malladas. Se trata, de que en amores
preferís al de las damas,
y por él dais al olvido
otro amor, el de la patria.
Conde. No sé por qué lo decís,
ni si es la razon exacta;
mas solo os contestaré
que uno y otro amor se llaman,
y á mal dar, teniendo amor,
amor con amor se paga.
Malladas. De hielo sois, noble conde.
Conde. Lo siento, es mucha desgracia.
Malladas. Y ella, os ama así tan frio?
Conde. Y quién es ella, la patria?
Malladas. Demasiado bien se ve
la intencion de mis palabras;
pero sin duda ninguna
vos no quereis encontrarla.
Conde. Fuera en vano; soy tan torpe,
que nunca me encuentro nada.
Malladas. Teneis razon; proseguid
en vuestra amorosa holganza,
y no escucheis los gemidos
que el triste pueblo levanta.
Dejad que los alemanes
se apoderen de la España,
dejadlos, que puede ser
que en la general desgracia
le toque una buena parte
al conde de Peñaranda.
Conde. Si yo tuviera el poder
una ó dos horas escasas,
qué os figurais que sería
lo primero que mandára?
Malladas. Quién sabe; decidlo vos...
Conde. Meteros en una casa

y olvidan en su torpeza
que el que hoy tal cosa declara,
tanto rueda, que no pára
hasta perder la cabeza.)

Marques. Salgamos, padre, por Dios,
de este escondite menguado.
Qué blasfemias he escuchado!...

Everardo. No importa, calladlas vos.

Conde. (Para cualquier compromiso,
es buena gente en verdad.)

Everardo. Decidle á su magestad
que espero su real permiso
para el despacho.

Marques. Sabrá
al punto vuestra demanda.
(*Vase por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA VIII.

EVERARDO. EL CONDE.

Everardo. Y el conde de Peñaranda,
cómo es que tan solo está?

Conde. Oh, señor! muy buenos dias.
Estaba á solas rezando...
(lo que estaba era pensando
en que de acecho estarias.)

Everardo. Rezando?

Conde. Sí.

Everardo. Y, á qué dama?

Conde. Os reís de lo que os digo?

Everardo. De rezador, conde amigo,
no teneis muy buena fama.

Conde. Pero me queda un consuelo:
la vuestra no es la mejor...
y sin embargo, señor,
sois de virtudes modelo.

Everardo. Gracias por la aclaracion;
opinais tan bien de mí...

Conde. Pero es lo malo que aquí
hay pocos de mi opinion.

Everardo. Nadie se puede librar
de verse así maltratado,

mucho mas si está obligado
en esta tierra á mandar.
Aquí en vano el justo lidia
para evitar sinrazones
y acallar murmuraciones...,
mas... quién enfrena á la envidia?
Jamás se podrá alcanzar,
y es, tener tanto enemigo,
azar que lleva consigo
el arte de gobernar.

Conde. Pues yo á mis solas creía,
que hacer á un pueblo dichoso
no era tan espinoso
como por ahí se decia.
Pensé que de esta nacion
bastaban á la grandeza
dos cosas: una cabeza,
y además buena intencion.
Pero en mi opinion mental
que me engañé convendreis,
porque vos las dos teneis,
y no obstante lo haceis mal.

Everardo. Tal dicen los mal contentos
que pretenden sin cesar
mi caida, y derribar
del trono hasta los cimientos.
Me ultrajan de varios modos,
pero ya me convencí
de que no es posible aquí
mandar á gusto de todos.
Esto bien lo sabeis vos,
y así, con cristiano celo,
de su intolerancia apelo
á la justicia de Dios.

Conde. Terrible es, por vida mia,
ser hoy ministro de Estado:
vos, padre, estareis dotado
de mucha filosofia.

Everardo. Conozco á los hombres algo,
y os juro que en ocasiones
para evitar tentaciones
no en vano de ella me valgo.

Conde. Sin embargo, sufrireis
al ver con la sinrazon
que juzgan vuestra intencion.

Everardo. Ay, conde!... no lo sabeis.
Orando las horas paso,
y en mi afanosa agonía
pido á Dios sabiduría.

Conde. (Porque de ella estás escaso.)

Everardo. De gobernar busco el modo
que en bien general presumo...
y por todos me consumo.

Conde. (Y tú lo consumes todo.)

Everardo. Mil veces pruebas le dí
á la España de mi amor,
ordenando lo mejor...

Conde. (Para el Austria y para tí.)

Everardo. Y aunque ve el leal empeño
conque á Dios su bien demando;
en ella siempre pensando,
por ella esquivando el sueño;
que en mi retiro profundo
absorbe la mente mia
el vasto plan que hará un dia
á España reina del mundo,
solo frutos de traicion
son, conde, los que recojo...
sí, y el dolor, no el enojo,
desgarra mi corazon.
Mas... qué hacer? la Providencia
querrá así probar mi celo,
y no me dá otro consuelo
que la voz de mi conciencia.
Yo sus decretos bendigo.

Conde. Ya es algo, segun mi ver,
llegar hoy, padre, á tener
en la conciencia un amigo.
Pero á lo que estoy pensando,
me asombra lo que decís:
si por el mando sufrís,
por qué no dejais el mando.

Everardo. (*Mirándole con desconfianza y altivez.*)
Qué?

Conde. Inquisidor general,
ministro sois, y á mas, padre,
tambien de la reina madre
director espiritual.
Cuál es el ser protegido
que con tantos cargos puede?
no sé; y es fuerza que quede
alguno desatendido.
Everardo. Es decir que vos dudais
de mis fuerzas y deseo,
y acaso de tanto empleo
la renuncia aconsejais.
Si tal es vuestra demanda,
dejarlos será justicia,
por si es que alguno codicia
el conde de Peñaranda.
Conde. Y el conde, os habeis pensado
que á caza de cargos anda?
Al conde de Peñaranda
le sobra con su condado.
Os hablé con la franqueza
del que á ningun puesto aspira,
que os ama, y de cercà mira
peligrar vuestra cabeza.
Everardo. Ay, conde! vuestros asombros
por cierto risa me dán...
descuidad, que no vendrán
á alcanzarla de mis hombros.
Conde. El puro interés me anima,
y... tened, padre, presente,
que es golpe que no se siente
hasta que está muy encima.
Everardo. No espero que me lo dén;
hay nobles que en mi favor...
Conde. Ved que estais en un error;
los nobles no os quieren bien.
Everardo. De vuestro anuncio fatal
tambien ahora me río...
siempre el pueblo será mio...
Conde. Es que el pueblo os quiere mal.
Everardo. Bien delirais.
Conde. Si deliro,

señales de dolor...

Ever. (*Bajo.*) Vos no veis nada.

Marq. (*Id.*) Entonces me engañé.

Reina. Tu buen deseo
agradezco, marqués; mas aliviada
me siento, y por ahora
me parece que no los necesito.

Marq. Que el cielo os libre de ellos, gran señora;
así del Criador lo solicito.

Ever. (*Ap. al marqués.*)
Con la guardia, marqués, idos afuera.
Ninguno aquí ha de entrar.

Marq. Y si se obstina?...

Ever. Ninguno!

Marq. Bien.

Ever. Y que las damas vayan
á esperar en la cámara vecina.

(*Habla aparte el marqués con las damas, las que se retiran por la puerta de la izquierda, y el marqués con los guardias por la de la derecha.*)

ESCENA XII.

LA REINA. EVERARDO.

Ever. Ya estamos solos.

Reina. Solos, padre mio.
Quiénes son los que ahora se conjuran?
Decid, porque de todos desconfio,
y esas nuevas no sé lo que me auguran.
Peligran otra vez nuestras cabezas?

Ever. Señora, puede ser...

Reina. La calma fria
que afectais, vuestra voz, esas miradas,
redoblan mi inquietud y mi agonía.
Acabad!...

Ever. Sosegaos, que por fortuna
de dos cabezas... ambas coronadas,
peligra solo una,
y esa es ¡oh reina! la cabeza mia.

Reina. Qué decís!

Ever. Sosegaos, doña Mariana,

que aunque habeis como yo sangre alemana...
por vos nada temais, que en esta tierra
esa turba villana
á los reyes jamás hizo la guerra.
(*Saca unos papeles, que entrega á la reina.*)
Aquí teneis la dimision, señora,
que el príncipe don Juan hoy os envía.

Reina. Renuncia!

Ever. Sí; y os asombrais ahora?
Everardo hace un mes que os lo advertia.

Reina. Teneis razon, y reconozco tarde
la fé traidora conque me ha vendido
ese bastardo hipócrita y cobarde.

Ever. Y bien caro pagamos el descuido.
Yo empobrecí vuestro real tesoro,
y con tributos devasté la tierra,
y al príncipe envié montes de oro,
y con ellos tambien gente de guerra.
Armé bajeles y dispuse lanzas;
mas... de tantos aprestos y milicia
qué ha hecho don Juan? Matar mis esperanzas
y dormir en los puertos de Galicia.
En tanto Luis catorce por la Holanda
penetra sin estorbo con su gente,
y en los dominios españoles manda
sin que España un soldado le presente.
Allí con vuestros siervos se desmanda,
y allí el francés caerá como un torrente
é inundará vuestro Bravante amado,
y luego al imperial Franco Condado.

Reina. Callad por Dios, que al escucharos siento
la cólera estallar. Padre Everardo,
hasta dónde levanta el pensamiento?...
qué pretende del trono ese bastardo?
Riqueza, honor le dí, y así me hiere:
conspira, y le perdona mi clemencia...
Qué mas quiere don Juan?...

Ever. Qué es lo que quiere?
mi cabeza, señora, y la regencia.

Reina. Venga por ámbas su ambicion sin tino;
quítenme los traidores á mi Cárlos...
pero ¡ay! si el rayo vengador fulmino

y salgo antes que lleguen á afrontarlos.
Sabedlo; aunque mi mente nada alcanza
á penetrar del porvenir oscuro,
consoladora guardo una esperanza,
y... venceremos, padre, os lo aseguro...
Yo he soñado mil veces con la guerra;
del pueblo he visto los robustos brazos
derribar éste alcázar, y por tierra
el cetro de mi hijo hecho pedazos.
Despues, con la tormenta asoladora
un ángel misterioso aparecia,
y al brillo de su espada vengadora
la dulce calma á renacer volvia.
Tal vez será quimérica esperanza;
pero por dicha en la civil contienda
vuestra calma me inspira confianza,
y el ángel sereis vos que nos defienda.

Ever. (*Con vehemencia.*)
Sí, reina, lo seré; contad conmigo,
que aun no sabeis el fuego que derrama
vuestra voz en mi seno... (Mas, qué digo!
le iba á revelar mi torpe llama!)

Reina. Hartas pruebas me dísteis de ese celo,
columna de mi trono vacilante,
y harto ¡oh padre! conozco que en el suelo
para vos no he de hallar premio bastante.

Ever. Dejad eso por Dios. Vamos ahora
á curar del Estado los dolores.
Don Juan...

Reina. Qué debo hácer?

Ever. Qué hacer, señora?
Las leyes no transigen con traidores.

Reina. Sentenciarlo á morir!... Padre, os lo vedo.
Fuera justo, en verdad; mas horroroso:
me ofende, sí; pero olvidar no puedo
que el ser le debe á mi difunto esposo.

Ever. Cuánta clemencia!

Reina. No, que es cobardia.
No quiero que la sombra aterradora
del rey Felipe cuarto se alce un dia
y me pida su hijo.

Ever. Bien, señora.

Le diré que la reina ha perdonado
su inaudita traicion, y que se alegra...

eina. Decidle que le mando desterrado,
como un vil, á la torre de Consuegra.
Vaya á encerrarse allí sin mas tardanza,
sin replicar, como traidor al rey:
apague allí la luz de su esperanza,
y tema que se incline mi balanza
por el lado sangriento de la ley.

ver. Que al fin se inclinará.

eina. Bueno; esperemos
á que abuse otra vez de mis favores.

ver. Será como decís. Y bien, qué haremos
aquí en Madrid con los demás traidores?

eina. Quiénes son?

ver. El mayor, señora mia,
un buen aragonés, un tal Malladas,
que á la plebe seduce, y cada dia
promueve turbulencias y asonadas.

eina. Prendedlo.

ver. Nada mas? Mirad que todo
su delito, señora, aun no sabeis.
Si os juro que se atreve por el lodo
á arrastrar vuestro honor, qué me direis?

eina. Qué!...

ver. En palacio, en las calles, en la plaza,
habla de vos, de Peñaranda...

eina. Infame!
por qué no le habeis puesto una mordaza?

ver. Era poco... dejadlo que declame,
(*Presenta á la reina un papel.*)
y firmad, si os parece esta sentencia.

eina. Será dura, es verdad?

ver. Algo, señora.

eina. (*Firmando.*)
Se acabó la piedad, no mas clemencia.

ver. (*Ap., recogiendo el papel.*)
(Que murmure de mí y del Austria ahora.)
Me resta hablar del conde, y os advierto
que en mengua de sus títulos y honores...

eina. Me hablais de Peñaranda!...

ver. Sí por cierto.

Reina. Peñaranda es tambien de los traidores!
Oh!... no, no puede ser; os engañaron:
conozco su lealtad: le soy deudora
de inmensa gratitud; le mancillaron
sus émulos tal vez...

Ever. (Cuánto le adora!)
Reparad que yo solo os proponia
aumentos para él considerando
que indolente en la corte envejecia
sus títulos y honores amenguando.
De Suecia tenemos la embajada
vacante... y si la reina lo permite...

Reina. Comision es, por cierto, delicada...
dejad que yo á mi solas lo medite.

Ever. Sea pronto, si os place...

Reina. Oh! yo os lo ofrezco.

Ever. El despacho de hoy, concluye ahora.

(*Toca una campanilla y salen las damas, que se retiran con la reina.*)

Id, reina, á descansar.

Reina. Cuánto padezco!
Adios, padre Everardo.

Ever. Adios, señora.

ESCENA XIII.

EVERARDO.

Cuando del conde se trata
su magestad no me oye...
Conozco que han sido estériles
hasta ahora mis razones,
y que no podré con ellas
separarla de ese hombre.
Pero, los celos... los celos!
le harán renegar del conde.
Marqués!

ESCENA XIV.

EVERARDO. EL MARQUÉS.

Marques. Señor, me llamais?

Everardo. Sí; tomad está real órden
y haced prender á Malladas
con sigilo: en vuestro coche
lo llevareis á la cárcel,
y...

Marques. Que lo carguen de prisiones,
no es eso? Yo haré que en ella
su carácter se reforme.

Everardo. En ella secretamente
hareis que le dén garrote.

Marques. Santos del cielo!

Everardo. Id, marqués.

Marques. Pero, señor!...

Everardo. No demore
los mandatos de la reina:
ciego ha de ser, calle y obre.

Marques. (*Se retira santiguándose.*)
(*In nomine Patri, et Filius...*
Jesus! Jesus!... me perdone.)

ESCENA XV.

EVERARDO. *Despues* EL CONDE, *que sale por la puerta secreta.*

Everardo. (*Escuchando el ruido de la llave en la puerta.*)
Quién anda ahí!
(*Viendo salir al conde.*)
Cielos! vos?
Vos por ahí!

Conde. Qué os inquieta?
esta es la puerta secreta
por donde entramos los dos.

Everardo. Por ella entrais vos tambien?

Conde. Y escucho; son humoradas:
hoy con el pobre Malladas,
padre, lo habeis hecho bien.

Everardo. Lo aprobais?...

Conde. Si eso es muy bueno;
á los dos nos estorbaba,
porque era un hombre que hablaba

todo lo suyo y lo ageno...

Everardo. Vuestras palabras me dán
á conocer...

Conde. Que os he oido...
Bravamente habeis mentido
cuando hablábais de don Juan.

Everardo. Conde!

Conde. Y no tanto por Dios
cuideis, gran señor, de mí,
porque á mi ver tengo aquí
bastante que hacer con vos.

Everardo. Mirad que nadie en la tierra...

Conde. Haced lo que mas os cuadre;
yo estoy por la guerra, padre.

Everardo. (*Presentándole la mano.*)
Pues guerra, conde.

Conde. (*Estrechándosela.*) Pues guerra.

Everardo. Quereis mañana comer
conmigo?

Conde. (Me irá á envenenar?)
Quereis conmigo almorzar?

Everardo. Será almuerzo de enemigo?

Conde. Qué tal será la comida?

Everardo. No habrá dañina vianda.

Conde. A lo mismo Peñaranda,
señor ministro, os convida.
(*Vuelven á darse las manos.*)

Everardo. Pues adios, y hasta comer.

Conde. Pues adios, y hasta almorzar.

Everardo. (Qué pronto has de tropezar!)

Conde. (Oh...! qué pronto has de caer!)

(*Vanse Everardo por la puerta secreta y el conde por la de la derecha.*)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ESCENA PRIMERA.

MENDOZA. PACHECO.

(*Aparece en la escena el primero: el segundo entra por la derecha recatándose, y al ver á aquel se descubre.*)

Pacheco. Mendoza, vos por aquí?
Mendoza. Pacheco, vos por acá?
Pacheco. (*Bajo.*) Os han citado?
Mendoza. Y â vos?
Pacheco. Sospechais de mí?
Mendoza. No tal.
Pacheco. Yo por el conde he venido.
Mendoza. Y yo tambien.
Pacheco. Bueno va.
Mendoza. Qué contraseña teneis?
Pacheco. Solo os diré la mitad,
y acabarla podreis vos.
Reina...
Mendoza. Y abajo Nithard.
Pacheco. Esa es la mia.
Mendoza. Pues yo
tengo la misma señal.
Pacheco. Habeis visto á Peñaranda?
Mendoza. No.
Pacheco. Ni sabeis dónde está?
Mendoza. Tal vez aquí.

Pacheco. Su conducta
es por cierto singular.
Quién, al verlo tan amigo
del ministro universal,
al ver que ya comen juntos,
y juntos do quiera van,
creerá que el conde pretende
dar en tierra con Nithard,
y poner, para mas gloria,
al príncipe en su lugar?

Mendoza. Teneis razon; pero el conde
es en estremo sagaz,
y es hombre que representa
su papel de un modo tal,
que dá golpes formidables
jugando con los demás.

Pacheco. Es muy cierto; mas, decidme,
del buen Malladas qué hay?

Mendoza. Lo ignoro, y hace tres dias
que lo busco sin cesar...

Pacheco. Tambien yo; en su casa estuve,
y las noticias que dán
son tambien que hace tres dias
que salió, y no ha vuelto mas.

Mendoza. Se habrá escondido tal vez...

Pacheco. Sabe Dios dónde estará!

Mendoza. Temeis alguna catástrofe?

Pacheco. Todo hoy lo temo...

Mendoza. Callad!
De una llave siento el ruido...

Los dos. (*Viendo salir al conde por la puerta secreta, que volverá este á cerrar.*)
Peñaranda!

Mendoza. Voto á San!
Hasta las paredes se abren
para dejarlo pasar.

ESCENA II.

EL CONDE. MENDOZA. PACHECO.

Conde. Mendoza, oid un momento.

(*A Pacheco.*)
Vos, alerta y avisad.
Hoy mismo va á salir tropa
para prender á don Juan.
En vuestro mejor caballo
al punto habeis de marchar,
y de mi parte este pliego
le entregareis.

Mendoza. Bien.

Conde. Tomad.
Añadidle de palabra
que no hay que titubear;
que venga sobre Madrid
con su escolta nada mas,
y que yo quedo encargado
de dar el golpe mortal.

Mendoza. Generoso Peñaranda,
como lo ordenais se hará,
aunque la vida y hacienda
tenga en ello que arriesgar.

Conde. Y os figúrais que yo quedo
mas seguro por acá?
Si el incendio que hoy preparo
consigue el padre apagar,
os juro, Mendoza amigo,
que lo he de pasar muy mal.

Mendoza. Me aflige que hoy me aparteis
de vuestro lado.

Conde. Idos ya,
que nada importa mi vida
si salvamos á don Juan.

Mendoza. Así os quiero; y antes, conde...
dadme los brazos.

Conde. Tomad.

Mendoza. Si será la última vez
que nos abrazamos?

Conde. Ba!
Qué ha de ser; y si en el lance
salimos, Mendoza, mal,
ireis á abrazarme...

Mendoza. Dónde?

Conde. Al valle de Josafat.

Mendoza. Siempre el mismo. Adios.
Conde. Adios,
y corred cuanto podais.
Mendoza. Reventaré mis caballos.
Conde. Eso quiero.
(*A Pacheco.*)
Vos, acá.

ESCENA III.

EL CONDE. PACHECO.

Conde. Pacheco, cómo está el pueblo?
Pacheco. Como las ondas del mar
en medio de la tormenta.
Conde. Brama?
Pacheco. No; mas bramará.
Conde. Bien. Y qué tal le ha sentado
la prohibicion de llevar
armas?
Pacheco. Cómo quereis vos
que le siente, sino mal?
Tal vez al señor ministro
le aconseja Satanás.
Conde. Mirad que yo le aconsejo.
Pacheco. Vos, Peñaranda?
Conde. Cabal.
Acaso habeis olvidado
lo que dice aquel refran...
del enemigo el consejo?
Pacheco. Ya!...
Conde. Pues á su magestad
esta medida dicté:
consultóla con Nithard,
y aunque supo que era mia
la aceptó sin reparar
que con ella aceleraba
la venida de don Juan.
Pacheco. Por lo menos, señor conde,
habeis conseguido ya
que esté el pueblo de Madrid
como no ha estado jamás.

En vano los imperiales
intentan desanimar
la multitud de corrillos
que por todas partes hay.
Si de aquí los desalojan,
se reunen mas allá.
En varios me he introducido,
y en secreto cada cual
me ha presentado las armas
conque podemos contar.
Quién me enseña un arcabuz,
quién una espada, un puñal;
todos murmuran... y en fin,
la agitacion es hoy tal,
que temo que antes de tiempo
la mina á volarse va.

Conde. Yo me alegrára infinito.

Pacheco. No era mejor aguardar,
para hacerlo de una vez,
á que llegára don Juan?

Conde. Y no es mejor todavía
que de esta oportunidad
nos salgamos de manera
que el príncipe, en vez de entrar
á sangre y fuego la villa,
haga su entrada triunfal?

Pacheco. Como gusteis.

Conde. Si; es preciso
ese fuego aprovechar...
fuego que de tarde en tarde
se le hace arder: además,
no nos conviene que el pueblo
se acostumbre á alborotar,
que así se desmoraliza,
se hace exigente, holgazan,
y aunque luego le dén gloria,
no se contenta jamás.

Pacheco. Por Dios, que sospecharian,
si aquí os oyeran hablar,
que aspirábais al poder.

Conde. Porque digo la verdad?
pues para qué tal no crean

de mi boca no saldrá.
Pacheco. Hareis muy bien; pero, conde,
que es de Malladas?
Conde. Callad.
Pacheco. Oir su nombre os disgusta?
Huyó? nos vende?
Conde. Rogar
pedeis á Dios por su alma.
Pacheco. Qué decís! pues dónde está?
Conde. Everardo y el verdugo
mejor que yo os lo dirán...
Pacheco. Murió!!
Conde. Sí; pero en secreto.
Pacheco. Bárbaros... oh!... qué crueldad!
Cuánta sangre ha derramado
ese hipócrita aleman!
Infeliz amigo mio!...
Conde! Y no hemos de vengar
este atroz asesinato?
Conde. Tened, Pacheco, y mirad
que aquí las paredes oyen,
y esto os puede ser fatal.
Pacheco. Sí, sí; os dejo, porque quiero
otro ambiente respirar:
el aire de este palacio
me abrasa...
Conde. Bien; id, contad
en la plaza esta ocurrencia,
y el fuego se aumentará.
Hoy á mí no me han de ver,
porque aquí debo de estar;
conque añadid que estoy preso,
y que en breve suerte igual
á la del pobre Malladas
va á hacerme sufrir Nithard.
Si veis que llega la noche
y no revienta el volcan,
decidle á los iniciados
que me vayan á buscar
á la casita pequeña
de Leonor...
Pacheco. Leonor?

le. Sí tal.
ieco. No es la marquesa de Aytona?
le. La misma.
ieco. Y vais á fiar
á la marquesa secretos
de esta importancia?
le. Cabal.
Pensábais que era *Evertista?*
heco. Pero el marqués...
de. Descuidad:
el marqués es un bendito,
y nada de ello sabrá;
además, allí podremos
estar con seguridad...
heco. Y la teneis prevenida?
de. Muy en breve lo estará.
Hoy habrá entrado de guardia
en la cámara real,
y aquí la he citado.
heco. Bien:
os falta algo?...
de. Nada mas.
heco. (*Dirigiéndose á la puerta de la derecha.*)
Pues voy á incendiar la villa.
de. Id con Dios... pero aguardad,
que allí vienen el marqués
y el padre nuestro.
heco. Qué azar!
de. (*Abriendo la puerta secreta.*)
No os aflijais; por aquí,
por aquí, y nadie os verá.
Voy á serviros de guia
hasta la escalera, entrad.
(*Vanse, y el conde cierra la puerta.*)

ESCENA IV.

EVERARDO. EL MARQUÉS.

rques. Pues no está; dijísteis bien.
erardo. A qué os procurais desvelos?
Solamente vuestros celos

en todas partes lo ven.

Marques. Celos? ni por soñacion.

Everardo. Pues hay quien piensa al revés;
para tenerlos, marqués,
dicen que os sobra razon.

Marques. Será cierto?

Everardo. A no dudar;
pero á qué os haceis de nuevas,
si vos presentais las pruebas
queriéndolas ocultar?

Marques. Yo!... Padre?

Everardo. Vos, sí señor;
por Dios, marqués, no notais
que cuando del conde hablais
lo haceis con cierto rencor?
Sus pensamientos livianos
censurais con tal porfia...
y esto lo haceis desde el dia
del último besamanos.
Recordais?...

Marques. No...

Everardo. Fuerte cosa!
Aquel en que desde allí
(*Señala al balcon.*)
vimos cruzar por aquí
al conde y á vuestra esposa.

Marques. Aah!

Everardo. Ya os acordais? Despues
seguí al conde de hora en hora,
y sé que ha entrado á deshora
en vuestra casa, marqués.

Marques. Lo sabeis! Yo bien decia
que un nocturno rondador
pensaba ultrajar mi honor;
está bien: por vida mia!

Everardo. (Todo el hilo descubrí.)
Conque tan celoso estaba
Aytona, y disimulaba
desconfiando de mí?
No lo creyera jamás!
Sabed que por la esperiencia
sé leer en la conciencia...

y en la vuestra mucho mas.
ques. Perdonad si he sido infiel;
pero no estrañeis mi porte,
porque un celoso en la corte
hace muy triste papel.
Además que yo ignoraba
quién era el favorecido...
es decir, el atrevido
que así á mi honor atentaba.
rardo. Muy bien; pero á la moral
será fuerza que escucheis,
y al adúltero acuseis
ante el santo tribunal.
ques. Y la marquesa, señor?
ardo. No temais por la marquesa:
quedará su fama ilesa,
y el conde por seductor.
No teneis, marqués amigo,
de los amores del conde
alguna prueba por donde
poseyérais un testigo?
ques. Nada tengo contra él,
aunque tener bien quisiera:
hoy tan solo en la cartera
de Leonor hallé un papel...
ardo. Del conde?
ques. Sin firma está.
ardo. Tenéislo ahí?
ques. No lo sé...
ardo. Miradlo.
ques. Sí; lo guardé...
es el mismo.
ardo. Dadme acá.
(*Lée.*)
Mañana entrais en palacio;
en palacio nos veremos,
y os advierto que tenemos
que hablar en él muy despacio.
(*Quédase mirando el billete, y dice aparte.*)
Es del conde.
ques. Y bien, señor?
ardo. Qué quereis, no está firmado...

dice abajo «*contestado.*»
Y esta letra?

Marques. Es de Leonor.

Everardo. Algunas cartas del conde
recuerdo que he de tener...
dejadme esta, y podré ver
si la letra corresponde.

Marques. Por Cristo, padre, guardad
antes que todo el secreto!...

Everardo. Aytona, yo os lo prometo.
(*Mirando por la puerta de la izquierda.*)
Ya sale su magestad
para orar en la capilla.
Con las damas á mi ver
no viene vuestra mujer.

Marques. Y es verdad: me maravilla!

Everardo. Debeis estar muy alerta.

Marques. Y tanto como he de estar.

ESCENA V.

LA REINA. EVERARDO. EL MARQUÉS. UN UGIER *y* DAMAS.

(*Sale delante el ugier y abrirá la puerta del frente, dejándose ver con dificultad, por la escasa luz, el interior de la capilla, que no debe aparecer iluminada hasta la conclusion del acto.*)

Reina. (*A las damas.*)
A solas quiero rezar:
me dejareis en la puerta.

Everardo. Muy buenas tardes, señora.

Reina. Muy buenas.

Everardo. Estais mejor?

Reina. Sí, padre; y voy al Señor
á darle gracias ahora.

Everardo. Si lo permitís, tambien
iré á unir mis oraciones...

Reina. Vos en todas ocasiones
sereis recibido bien.

Everardo. Vuestra esquisita bondad
conoce á fondo Everardo.

a. En la capilla os aguardo.
ardo. Iré al punto, descuidad.
ra la reina en la capilla: el ugier cierra la puer-, y se vuelve con las damas por la izquierda.)

ESCENA VI.

EVERARDO. EL MARQUÉS.

ardo. (Oh!... cómo acreces la llama
de mi infortunado amor!)
á cerrar la puerta de la izquierda, y antes de en-jarla quédase mirando hácia dentro y dice:)
Cielos!
ques. Qué?...
ardo. Venid.
ques. Señor?
ardo. Conoceis á aquella dama?
ques. No... sí... dejádmela ver.
Aquella que está asomada
al balcon, tan recatada?
ardo. La misma.
ques. Si es mi mujer!
ardo. Es posible?
ques. Voto á San!...
ardo. Ved como el pañuelo enseña...
tal vez le está haciendo seña
al misterioso galan.
ques. Si tal supiera!...
ardo. Sí, sí;
del balcon se quita ya...
y se dirige hácia acá...
si será la cita aquí?
ques. Aquí!... pero si me ven...
ardo. No teneis otra razon?
Mirad, desde ese balcon
ya sabeis que se oye bien.
ques. (*Dirigiéndose al balcon.*)
Pues vamos en él á entrar.
Les juro á los desleales
que...
ardo. No encajeis los cristales.

Marques. Y vos?
Everardo. Yo? voy á rezar.
(*Entra Everardo en la capilla, y el marqués en el balcon.*)

ESCENA VII.

LEONOR. EL MARQUÉS. *Despues* EL CONDE, *por la derecha.*

Leonor. Aun no está... si habrán notado
desde el patio la señal?
Será mi desdicha tal?
No viene... qué habrá pasado?
Marques. (Pues el galan por aquí
no parece. Si mis celos
serán injustos?)
Leonor. Ah!... cielos!
respiro, que viene allí.
Marques. (Lo dicho; y dudaba yo
de sus intenciones? Ba!)
Leonor. (*Viendo salir al conde.*)
Peñaranda!
Conde. Leonor!
Marques. Ah!
Conde. Estamos solos?
Leonor. Sí.
Marques. (No.)
Conde. Nada falta que arreglar;
ya todo está preparado,
y todo el mundo avisado.
Marques. (Cielos! me la irá á robar?)
Conde. Nuestro plan sabeis cuál es,
y á mal dar, será la cita
postrera en vuestra casita.
Leonor. Pero... y si llega el marqués?...
Conde. Nunca tuvo tentacion
de acercarse, y además
yo le haré volver atrás...
Marques. (Iré con un escuadron.)
Conde. Marquesa, me sereis fiel?
Confio en vuestro talento...
Leonor. Mirad vos si represento
con destreza mi papel.

de. Oh!...
rques. (Qué mas se han de decir?)
nor. No obstante, temo un fracaso...
si el marqués...
de. No hacedle caso.
rques. (No me queda mas que oir!)
de. Adios, marquesa, Leonor.
nor. Adios: volveis pronto?
de. Sí,
que ambos tenemos aquí
empeñado nuestro honor.
(*Vase por la derecha.*)

ESCENA VIII.

LEONOR. EL MARQUÉS.

nor. Plegue al cielo en esta empresa
ayudarnos...
rques. (Ya se fué.)
nor. Desde el balcon miraré.
*se derecha al balcon, á cuyo tiempo abre el mar-
ués los cristales.)*
Ay Jesus!
rques. Hola, marquesa.
nor. Estábais ahí!
rques. No lo veis?
El lance ha estado gracioso:
al ver aquí á vuestro esposo,
decid, no os estremeceis?
nor. Pues qué ha habido?
rques. Qué! qué ha habido
osais, Leonor, preguntar?
Señora, ireis á negar
lo que yo he visto y oido?
nor. Qué habeis visto?
rques. Pues me agrada!
Marquesa, con estos ojos...
nor. Eh!... serán vuestros antojos;
marqués, no habeis visto nada.
rques. Si os digo que estoy informado
de todo, qué añadireis?

Leonor. Diré que nada sabeis,
ó bien que os han engañado.

Marques. Señora! por vida mia
que la que engaña sois vos.

Leonor. Aytona, quedaos con Dios,
y curaos de esa manía.

Marques. De nada os vale ese ardid;
aquí os habeis de quedar
y mis quejas escuchar...

Leonor. Pesado estais: bien, decid.

Marques. Por dónde empezar no sé;
que aquí me habeis ultrajado,
y hasta os habeis olvidado
de vos misma, bien se ve.
No estaba de tanto enredo
satisfecho vuestro porte,
que pretendeis que la corte
os señale con el dedo?
Así tratais tan despacio,
y estas no son conjeturas,
amorosas aventuras
con un galan en palacio?
Dónde vais, no me decís?
Qué! podreis negarme ahora
que estais pensando, señora,
en fugaros? Os reís!
Por Cristo, doña Leonor,
que al pesar vuestro delito
y ese descaro inaudito
no sé cuál es el mayor.

Leonor. Habeis dado en sospechar
sin fundamento de mí...

Marques. Sin fundamento, y os vi!

Leonor. Entonces no hay que fiar.

Marques. Y la cita? Y el temor
de que en ella os sorprendiera?

Leonor. Me creereis? quién lo dijera!
pues nada de eso es amor.

Marques. Con otro enredo además
pensais que os he de creer?

Leonor. Pues mirad cómo ha de ser,
que no os puedo decir mas.

ues. No podeis? Ya sé, traidora,
que amais al conde...
or. Callad!

ESCENA IX.

INA *y* EVERARDO *salen de la capilla.* DOÑA LEONOR.
EL MARQUÉS.

ardo. Lo oyó vuestra magestad?
or. La reina!
ques. (*Bajo.*) Está bien, señora;
ya sé lo que debo hacer.
a. (*A Everardo.*)
Autorizado quedais
para hacer cuánto querais;
vuestro es hoy todo el poder.
(*A doña Leonor.*)
Qué vienes aquí á buscar?
No estabas, dime, indispuesta?...
O ya trabajo te cuesta
acompañarme á rezar?
ques. Ay, señora!...
a. (*Interrumpiéndole.*)
He preguntado
á la marquesa.
ques. Es muy cierto.
a. A la marquesa; y advierto
que ella aun no me ha contestado.
or. Vos sabeis cuánto se afana
por serviros, como es justo,
la marquesa, y que su gusto
es el de su soberana.
Me he quejado con razon
esta tarde, y vos piadosa
creísteis que era... gran cosa
mi leve indisposicion.
Mejor me llegué á sentir,
y aquí despues he salido...
á buscar... á mi marido...
ques. (Vaya un modo de mentir!)
a. No apruebo de tu salida

sino el motivo que dás;
pero advierte que aun no estás
del todo restablecida.
Vuelve á tu aposento, sí;
que además de otras razones,
el aire de estos salones
te puede ofender...

Leonor. Aquí
estoy bien, pues ya cesó...

Reina. (*Con severidad.*)
Leonòr, sin contradecir;
vete, y de él no has de salir
hasta que lo mande yo.

(*Doña Leonor saluda á la reina, y se retira por la i: quierda. Everardo, que habrá estado escribiendo d rante este diálogo, se levanta y entrega al marqu un papel.*)

Marques. (Así mi esposa querida
no podrá...)

Everardo. Tomad.

Marques. Qué es esto?

Everardo. Esa órden llevad presto
al conde de Fuensalida.
Decidle que marche luego
contra los grupos que halle...
y en la plaza ó en la calle,
si no ceden, que haga fuego.

Marques. Tenemos otra asonada?

Everardo. Tenemos; volad, marqués.

ESCENA X.

LA REINA. EVERARDO.

Reina. Qué es eso, padre?

Everardo. Esto es
anticipar la jugada.
Cuando estuvimos detrás
de aquella puerta, en rigor
solo aquí habeis visto amor,
y yo he visto mucho mas.

Reina. Pero ¿qué...

Everardo. Dejadme hacer,

y ya vereis que no en vano
hoy habeis puesto en mi mano,
señora, todo el poder.
(*Vase por la puerta secreta.*)

ESCENA XI.

LA REINA.

No me abandones, valor,
ven y alienta mi esperanza:
con tu vivo fuego lanza
del alma mia el pavor.
Ya del trono en derredor
eclipsa los resplandores
esa grey de malhechores...
ay de mí! vuelvo los ojos,
y no encuentro mas que abrojos,
pör todas partes traidores.
Conque tambien me abandona
ese conde fementido?
Muy pronto ha dado al olvido
que aun ciño yo la cörona.
Desdeña por la de Aytona
á la reina Mariana!...
Oh!... de burla tan villana
le haré la insolencia ver,
para que aprenda á tener
respeto á su soberana.
Y, es el orgullo, María,
la causa de tus desvelos?
O bien mirado, son celos?
Celos son, por vida mia!
Sal de aquí, traidora, impía,
devoradora pasion:
si no mas que humillacion
es lo que buscas en mí,
para arrojarte de aquí
me arrancaré el corazon.

ESCENA XII.

LA REINA. EL CONDE.

Conde. Ah!
Reina. Qué es eso, conde?
De prisa venís.
Tal vez no esperábais
encontrarme aquí?
Conde. Sí... á vos os buscaba.
Reina. Señor conde, á mí?
Conde. A vos, sí señora.
Reina. Y bien, no advertís
que hablais á la reina?
Conde. No lo he de advertir?
pensais que estoy ciego?
Reina. Jurára que sí.
Conde. Razon no me dais?
Reina. Razon me pedís?
Que hablais á la reina
os vuelvo á advertir.
Conde. Lo pongo yo en duda?
Reina. Y, no os descubrís?
Conde. (*Descubriéndose.*)
Perdonad si en esto
llegué á delinquir.
Culpaos á vos misma,
á vos, reina, sí;
que en tiempo, por cierto
mas grato y feliz,
permiso me dísteis
para estar así.
Reina. Entonces no supe
mandándoos cubrir
á quién prodigaba
honores sin fin.
No supe al colmaros
de favores mil,
que vos érais, conde,
capaz de mentir.
Conde. Señora!
Reina. Por dicha
no es fácil aquí

vivir mucho tiempo
como vos vivís:
que todo en palacio
se descubre al fin,
la máscara cae
al menor desliz...
y al conde sin ella
le estoy viendo aquí.
Dejad el misterio,
señora, y decid
por qué es vuestro enojo,
en qué os ofendí...
Ya sé que sois diestro,
de ingenio sutíl,
que siempre con fruto
del rostro os servís,
y á él no dejais
la verdad salir.
Por eso es en vano
que esteis, conde así;
cualquiera diria
que ahora sufrís,
que estais inocente...
y á todos en fin
tal vez engañárais,
á todos, no á mí.
Comprendo, señora,
que algun torpe ardid,
alguna intriguilla
de un alma ruin
se habrá levantado
cebándose en mí.
Que vos, sin cautela
llegásteis á oir
palabras dictadas
por la envidia vil,
y víctima de ellas
tal vez... no es así?
No es eso.
No es eso?
Entonces decid
que ya arrepentida

de hacerme feliz,
sin que vos podais
quejaros de mí,
quereis que en palacio
no vuelva á asistir.
Está bien; si es cierto
me alejo de aquí,
renuncio á la gloria
de mi porvenir...
y si esto aun no os place,
si es poco, decid
que vaya al cadalso,
veréisme subir
con frente serena...
señora! os reís?
Asunto tan grave
os hace reir?

Reina. Me río admirando
lo bien que fingís.

Conde. El alma os hablaba...

Reina. Podrá ser así,
mas yo no lo creo.

Conde. Por Dios que es sutíl
la trama, y no puedo
cuál es descubrir:
señora, esplicaos,
y al conde advertid
por qué es vuestro enojo...

Reina. (*Levantándose.*)
Qué es lo que pedís!
Acaso mi orgullo
pensais abatir?
Quereis que aquí os doble
mi altiva cerviz...
que yo misma os vaya
mi queja á decir?...
Si es tal vuestro empeño,
altivo venís.

Conde. Altivo? miradme
prosternado aquí.
(*Pausa.*)
Mas... cielos! en tierra

que esté permitís?
Negáisme la mano?

Reina. Estais bien así.

Conde. Señora, escuchadme;
os vuelvo á pedir...

Reina. Que halague el oido
del conde, pedís?
en buen hora, sea..

Conde. Sí, sí; proseguid...

Reina. Qué es ello, os vendrán
muy pronto á decir.

Conde. Volvéisme la espalda!
atended, oid...
así me dejais?

Reina. Quedaos, conde, así.

ESCENA XIII.

EL CONDE. *Despues* EVERARDO.

Conde. Tal ultraje... vive Dios!...
(*Incorporándose al ver salir á Everardo.*)
Vos por ahí?

Everardo. Qué os inquieta?
esta es la puerta secreta
por donde entramos los dos.

Conde. El chiste, padre, no admito:
ya es viejo, y pensad os ruego
que antes yo...

Everardo. Si no lo niego,
pero ahora os lo repito.
Mas sin duda en oracion
aquí estábais, y á mi ver
entregado...

Conde. A Lucifer.

Everardo. Es decir en conclusion
que ya el campo me cedeis?

Conde. Por Cristo que delirais.

Everardo. Pues si vencer esperais,
por qué tan fiero os poneis?

Conde. Fiero? nada; antes os juro
que estoy de esperanza lleno;

nunca estuve tan sereno
ni de vencer tan seguro.
Sí, porque aquí, escepto vos,
cuanto á mi vista se ofrece
tan solo risa merece...

Everardo. Sí, riámonos los dos.

Conde. Sabeis que teneis talento?

Everardo. Por piedad, no me aduleis.

Conde. No, padre; si es que valeis
para la embrolla un portento.
Me habeis armado, por Dios,
una buena... no sabré?...

Everardo. Mirad que yo no os la armé.

Conde. No habeis sido? — Pues quién?

Everardo. ¡ Vos.

Conde. Ignoro ¡ viven los cielos!
en qué ofenderla he podido.

Everardo. Conde, no habeis conocido
que lo que tiene son... celos?

Conde. Celos! decidme, y de quién?

Everardo. Eso es lo que no entendí.

Conde. Es vuestro secreto?

Everardo. Sí.
buscadlo vos.

Conde. Está bien.
Yo siento que lo he de hallar,
y que vos por vuestro daño
fé tengais en un engaño
que tan poco ha de durar.
Tan difícil me ha de ser
recuperar lo que acabo
de perder? La reina al cabo
antes que reina es mujer.

Everardo. Siento que en una ilusion
tambien vuestra fé pongais,
y que tiempo no tengais
para alcanzar el perdon.

Conde. No he podido comprenderos;
quién de oponerse responde?

Everardo. Yo, si no os enojais, conde;
tengo órden de prenderos.

Conde. A mí!

Everardo. Sí.
Conde. Y la cumplireis?
Everardo. En el cortesano oficio
casi pareceis novicio.
Que tal cosa pregunteis,
y así os gano la batalla?...
Pero os tendré miramiento,
será el encierro un convento...
Conde. (Y la conmocion no estalla!)
Muy sutíl habeis andado.
Everardo. Yo con la paz os brindé
quisísteis guerra, y á fé
que no salís bien parado.
Lo siento; habeis sido un loco:
á todo os negásteis... Ah!
Lo veis, Peñaranda? Y ya
que no admitísteis tampoco,
empeñado en la partida,
salir como embajador...
saldreis como un malhechor
de vuestra patria querida.
Conde. No confieis tanto en vos,
que el juego aun no lo perdí;
si llego á salir de aquí...
saldré como quiera Dios.
Y atended á lo que os digo;
que no he querido, ni quiero,
pactar con un estrangero
que es de mi patria enemigo.
Que el conde de Peñáranda
jamás en él ha pensado,
y por el bien del Estado
se empeñó en esta demanda.
Solo por don Juan luché...
Everardo. Tambien á prenderle van.
Conde. Es que no le prenderán...
Everardo. Por qué?
Conde. Porque le avisé.
Everardo. Bien; de Consuegra saldrá,
si con él antes se entienden;
pero si allí no le prenden,
le prenderán mas allá.

Conde. Con tan crueles prisiones,
el pueblo ha de estarse quieto?
Everardo. Es que tengo yo un secreto
para evitar esplosiones.
Conde. Pues dadlo á luz...
Everardo. Lo daré:
no en vano ministro soy.
Conde. Sabeis que hay mil grupos hoy?...
Everardo. Sí señor; todo lo sé.
Conde. Y, sabeis que la tormenta
amenaza á vuestra vida?
Everardo. Muy en breve Fuensalida
dará de ella buena cuenta.
Conde. Y, no la pudiera dar
ella de él?
Everardo. De él?... Qué decís!
Conde. Que hay gran tempestad...
(*Oyese gritería con descargas á lo lejos, de modo que no impida oir el diálogo.*)
La oís?
La oís de cerca bramar?
Everardo. Vive Dios, que un breve espacio
de ella me separa ya!
Conde. Y muy pronto á tronar va
dentro del mismo palacio.
Everardo. (*Con resolucion.*)
Conde, salid al balcon
y la libertad os doy.
Conde. Ah!... no señor, yo me voy
á encerrar en la prision.
Everardo. Mirad que os pudiera ser
muy funesta esa porfia;
que á una palabra mia...
Conde. (*Dirigiéndose hácia la puerta secreta, que estará abierta.*)
Padre, atrás no he de volver.
Everardo. (*Interponiéndose entre el conde y la puerta.*)
Miserable! adónde vas?
(*Señalando al balcon.*)
Habla al pueblo con presteza...
ó le arrojo tu cabeza...

de. (*Saca del cinto una pistola y la presenta á* '*verardo*, *el que sorprendido le cede el paso.*)
Señor estrangero... atrás!
(*Vase*, *cerrando la puerta secreta.*)

ESCENA XIV.

/ERARDO. *Despues* EL MARQUÉS. LA REINA. DAMAS.

(*Va creciendo el alboroto popular: distinguese el* '*ue de las armas con los gritos de* VIVA EL REY, MUE- ITHARD.)

rardo. Infame!... me ha sorprendido...
la puerta cerró tras sí...
Me ahoga el corage... ¡ay de mí!...
·ques. (*Que sale precipitado.*)
Padre, el pueblo enfurecido
pudo ganar la escalera,
y la guardia atropellando,
por vuestra muerte clamando
se derrama por do quiera.
Idos, que aun podreis salir...
salvaos, señor, pero presto...
blo. (*Dentro.*)
Viva el rey!
(*Sale la reina con sus damas.*)
na. Padre! qué es esto!
rardo. (*Con tranquilidad.*)
Esto, señora, es morir.
na. Dios mio! qué confusion!
rques. (*Señalando á Everardo la puerta secreta.*)
Por allí!
'rardo. No puede ser...
que entren, sí; los quiero ver...
Mas... cielos! qué inspiracion!
blo. (*Dentro.*)
Muera Nithard!
rques. Vedlos ahí!
rardo. Dejadlos, marqués, entrar;
moriré junto á el altar...
Vos, señora, estaos aquí.

(*Abre con ímpetu la puerta de la capilla, en cuyo fondo se verá un altar iluminado, del que Everardo toma la cruz y se presenta al pueblo, que invadirá con el mayor desórden la escena. Al ver la actitud de Everardo dá muestra de consternacion, y á medida que este le dirige la palabra y se adelanta, aquel se va retirando hasta dejar la escena completamente desocupada.*

ESCENA XV.

LA REINA. EVERARDO. EL MARQUÉS. DAMAS. PUEBLO.

Pueblo. Aquí!...

Everardo. (*Con voz solemne.*)

Adónde vais, ingratos!
A qué espíritu invocais!
Así la mansion hollais
de vuestra reina? Insensatos!
Qué mal genio hoy os domina!
Pueblo! adónde corres ciego?
Huye de aquí, ó teme el fuego
de la cólera divina!
Ya escucho sonar tu hora...
Atrás! que estás condenado
y este recinto es sagrado...

(*Deteniéndose en la puerta, y mirando á la reina.*)

Mirad cuál huyen, señora.

Reina. (*Arrojándose á los piés de Everardo.*)

Me habeis salvado...

Everardo. (*Presentándole la mano, que besa la reina, y mirando despues á la puerta por donde el pueblo ha salido, dice con reconcentrada satisfaccion.*)

Así es.
Sabed que tengo, villanos,
á vuestro Dios en las manos,
á vuestra reina á los piés.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

CTO TERCERO.

ESCENA PRIMERA.

EVERARDO. EL MARQUÉS. DON GUILLEN.

do. Podeis, señor secretario,
copiar este bando, y ved
que es muy urgente: avisadme
en acabando.
ι. Está bien.
do. (*Al marqués.*)
Conque el príncipe don Juan
rompe por todo?
es. Así es.
Dicen que con mil caballos
se acerca...
do. No puede ser.
es. Eso mismo digo yo;
porque mirándolo bien...
y luego... qué! mil caballos?
seguro! no puede ser.
do. Por qué?
es. Por qué? Ba! señor;
me preguntais el por qué?
Mejor que vos, nadie puede
saberlo...
do. (*Sonriéndose.*) Es cierto; marqués.
Sé que el rebelde don Juan
quiere usurparme el poder
seduciendo á los incautos

y atropellando á la ley.
Tambien sé quién desde aquí
le ha dado consejos...

Marques. Quién?

Everardo. El conde de Peñaranda.

Marques. Padre, no me le nombreis.

Everardo. Ese le ha comprometido:
ese le vuelve á poner
en mis manos, ya que un dia
de Consuegra se nos fué.

Marques. Conque caerán los rebeldes...
eh! padre?

Everardo. No hán de caer!
Mirad de qué se compone,
señor de Aytona, su grey.
Unos cuantos miserables
sin haciendas y sin fé.
que de los pueblos al paso
ha llegado á recoger.
Los mil caballos son estos,
este el ejército es
conque pretende don Juan
sobre la villa caer.
No os parece que es la empresa
famosa?...

Marques. Señor... no sé...

Everardo. Qué! dudais del resultado?

Marques. Dudar... no; pero tal vez
si cuentan con los de adentro...
puede entonces... pero... qué!
no es fácil... qué hán de contar!
No es cierto, padre?

Everardo. Y creeis
que aunque con ellos contáran
les dejaria yo hacer?
Aun el pueblo es religioso;
aun teme á Dios, que es el rey
de los reyes de la tierra.
No le habeis visto, marqués,
entrar hasta aquí frenético,
conducido por Luzbel...
y á la voz del sacerdote

humilde retroceder?

'ques. Ah!... sí señor, bien me acuerdo,
terrible lance fué aquel.

rardo. Pues ya veis que eso don Juan,
como yo, no puede hacer.

'ques. Ciertísimo, padre mio:
es decir que esperareis
á don Juan...

rardo. Qué es esperar?
no señor; le buscaré.
Hoy saldrán los estandartes
y los gremios... y tambien
por si acaso se desmandan
la guardia interpolaré.

'ques. Bien hecho! escelente idea!
Yo os la iba á proponer.
Y estará su magestad
sobresaltada...

rardo. No á fé;
lo ignora todo..., hace dias
que soy absoluto rey
de España...

'ques. Yo os lo felicito!...
que al fin estando el poder
en vuestra mano, muy pronto
adquirirá robustez.

rardo. Os lo aseguro.

'ques. A pediros
voy, señor, una merced.

rardo. Vos? Decid.

'ques. Su magestad,
ignorando yo el por qué,
tiene en el cuarto há seis dias
arrestada á mi mujer.
Quisiera aplacar su enojo,
y si vos intercedeis,
pronto á la gracia real
podeis hacerla volver.

rardo. No os ofendió la marquesa?

rques. Pero, señor, atended;
con haberme á mí ofendido,
pudo á la reina ofender?

Leonor. Y vos, señor, bien llegado.
Sois vos el que me há llamado?
Everardo. Lo sentís?
Leonor. No, por mi vida.
Everardo. No os agrada á lo que creo...
Leonor. No sé por qué lo digais;
salir aquí me mandais,
y cumplo vuestro deseo.
Everardo. Esto, marquesa, os lo indico
por si acaso hasta ese punto...
Leonor. Vamos, señor, al asunto.
Everardo. Lo mandais?
Leonor. Os lo suplico.
Everardo. Qué tal os va en el arresto?
Leonor. Perfectamente, señor.
Everardo. De veras? Mirad, Leonor,
que no lo afirma ese gesto.
Leonor. Padre Nithard, á fé mia
que al responderos creí
que la pregunta era á mí,
y no á la fisonomía.
Everardo. Llevad con paciencia vos
que consulte en este asunto
gesto y voz, porque os pregunto
y hallo respuesta en los dos.
Leonor. Yo, padre, os aliviaré
de ese trabajo indigesto;
desde ahora la voz y el gesto
que vayan juntos haré.
Everardo. Sereis muy capaz, marquesa,
de hacer lo que me decís;
pero y si no lo cumplís?...
Leonor. Y qué consulta era esa?
Everardo. Cuál?
Leonor. Cuál ha de ser... ay Dios!
me habeis mandado á llamar...
Everardo. Sereis franca?
Leonor. A no dudar...
si lo sois conmigo vos.
Everardo. Puesto que el velo se ha roto,
no me direis dónde anda
el conde de Peñaranda

desde el ultimo alboroto?
ɪr. Es de la reina el valido
quien habla, ó el confesor?
ırdo. Él que vos querais, Leonor;
concederme lo que os pido,
y el título está demás.
ɪr. Pues á uno y otro diré
que del conde nada sé...
ni lo he sabido jamás.
ırdo. (*Despues de haberla observado un momento.*)
Ya!...
)r. Creo que lo decís
con desconfianza ahora.
ırdo. Es porque veo, señora,
que lo que ofreceis cumplís.
)r. Yo no sé cómo ó por dónde
me han podido calumniar...
Acaso debo yo estar
en los secretos del conde?
Su sombra tal vez soy yo?
Siempre que hasta mí ha llegado,
como á todos le he tratado,
política y se acabó.
ardo. Oh!... sí; y vos sois incapaz
de cometer tal locura...
Eso será una impostura
de alguna lengua mordaz.
Mal la malicia os trató;
ya se ve, aquí está su foco...
de eso mismo hace muy poco
hablamos Aytona y yo.
or. Y qué opina mi marido?
ardo. El marqués no opina nada;
siente al veros calumniada
que en desgracia hayais caido.
or. Opinion de sabio es.
ardo. En cuanto á sabio... quisiera,
doña Leonor, que tuviera
vuestro talento el marqués.
or. Esa es lisonja, señor,
que no admite mi humildad...
ardo. Pues es la sola verdad

que aquí se ha dicho, Leonor.
Conque ocultar la morada
del conde es vuestra porfía?

Leonor. Os dije cuanto sabia.

Everardo. Ved que no habeis dicho nada.

Leonor. Y eso no os convence?

Everardo. Sí,
de que todo lo ignorais,
y de que inocente estais...
de todo me convencí.
Pero, marquesa, mirad,
advertid por vuestra vida
que no está tan convencida
como yo, su magestad.

Leonor. Tiempo vendrá en que yo pueda
convencerla como á vos.

Everardo. No espero, mediante Dios,
que aquí tal cosa suceda.

Leonor. Me infundís tales recelos...
qué es lo que decir quereis?

Everardo. Doña Leonor, que ignoreis
lo que ofenden unos celos!

Leonor. Celos de mí!... y qué razon...

Everardo. Ninguna; pues ahí está...
mas... nunca os perdonará...

Leonor. Nunca obtendré su perdon!...

Everardo. Jamás!... qué quereis, manías,
y tales, que ya ha dispuesto
hacer mas duro el arresto
que estais sufriendo hace dias.

Leonor. Cielos! me irá á condenar
y creerá que soy culpable!...

Everardo. Sí señora; es indudable...
pero... yo os puedo salvar.

Leonor. (*Con desconfianza.*)
Vos?...

Everardo. Sí, y evitar su saña
dejándoos de aquí salir.

Leonor. Condiciones?...

Everardo. La de ir
á habitar fuera de España.

Leonor. Pero eso es mucho peor...

verardo. Escoged á vuestro antojo:
ó de la reina el enojo,
ó salir de aquí, Leonor.
onor. Advertid que es un gran paso
y conviene consultar...
verardo. Muy bien; podeis meditar
si mi oferta os hace al caso.
Tal vez nos entenderemos...
déjoos pensar una hora,
y en trascurriendo, señora,
con mas despacio hablaremos.

ESCENA IV.

LEONOR. *Despues* EL CONDE.

onor. En gran confusion me ha puesto...
y de aquí me he de fugar?...
qué fruto puede sacar
de hacerme salir?... qué es esto?
ale el conde, embozado, por la puerta secreta; reconoce la escena con cuidado, y se acerca á Leonor sin que esta lo advierta.)
Me quedo... pero advirtió
que he de sufrir si esto escojo
de la reina el crudo enojo...
admito su oferta?...
nde. No.
onor. Cómo! Vos! Y entrais así?
Que os perdeis si os hallan hoy!...
nde. No señora: no me voy,
porque os hago falta aquí.
onor. Idos! y vuestras riquezas
si podeis con vos salvad;
no irreteis la tempestad
que amaga á nuestras cabezas.
nde. Y sois vos la que blasona
de libre, y teneis tal miedo?
Conocer apenas puedo
á la marquesa de Aytona.
Si yo me aparto de vos

de España os harán salir...
y... debo yo consentir
en la ruina de los dos?

Leonor. Luego sabeis...

Conde. Sí, señora:
sé que Everardo os engaña,
y que si os fugais de España
nuestra suerte se empeora.
Sé que Everardo, Leonor,
nos quiere á los dos perder;
que á la reina hizo creer
que es nuestra amistad, amor.
Ya veis, la fuga sería
demostrar que era verdad...
y entonce á su magestad
jamás convencer podria.
No, Leonor; esto ha de ser;
en la fortuna esperemos:
buena ó mala... aquí debemos
ó triunfar ó perecer.

Leonor. Pero...

ESCENA V.

LEONOR. EL CONDE. EL MARQUÉS.

Marques. Qué llego á mirar!
Aquí el conde!

Leonor. Mi marido!

Conde. (Notable desdicha ha sido.)

Marques. Al fin os pude encontrar!...
Al fin...

Conde. Silencio!

Marques. Pues, qué!
quereis que silencio guarde
como si fuera un cobarde
sin pundonor y sin fé?

Leonor. Por Dios, callad!

Marques. Hay tal mengua!
He de gritar, lo entendeis?

Conde. Pues puede ser que encontreis
quien os arranque la lengua.

Marques. Así os quiero contestar.

Venid á reñir.

Conde. No quiero.

Marques. Qué! No reñís, caballero?

Conde. No, porque os puedo matar...
y yo nunca os ofendí,
ni me ofendísteis tampoco.

Marques. Paréceme que estais loco...
Ea!... salgamos de aquí.

Conde. Ea! marqués, ya os lo he dicho.
Quereis que escandalicemos?
Pretendeis que nos matemos
por vuestro necio capricho?

Marques. Capricho llamais... por Dios!...

Conde. Capricho, señor marqués;
y mirad que de los tres
aquí el culpable sois vos.

Marques. Yo el culpable!

Conde. Y no otra cosa.
No veis que estais obcecado?
que vos mismo habeis manchado
el honor de vuestra esposa,
y que haceis ¡viven los cielos!
cual palaciego novel
muy desairado papel
con tan ridículos celos?
Qué prueba habeis encontrado?
qué indicio podeis marcar
para llegar á ultrajar
á quien nunca os ha faltado?

Marques. Peñaranda, ved que...

Conde. Nada!
Lo que os digo es lo seguro.
Está inocente, os lo juro
sobre la cruz de mi espada.

Marques. No he de creer á mi vista?
La cita, no es cosa clara...

Conde. Eso pronto os lo esplicára
si no fuérais Evertista.

Marques. Qué! Señor conde, Leonor
conspira...

Conde. Sí.

Marques. Santos cielos!
Leonor. Teneis todavía celos?
Marques. Pero eso es mucho peor.
Yo aquí entre conspiradores!
Yo metido en este enredo!...
Ah, señores!... yo no puedo
ocultar que sois traidores...
Conde. Bien, fanático, salid!
nuestras cabezas caerán...
pero ved que está don Juan
á la vista de Madrid.
Que entrará á marchas forzadas...
y aquí entre tanto enemigo
no quedará sin castigo
el que asesinó á Malladas.
Marques. Ah!!! yo... sí...
Conde. Sabe que vos
sufrís de Everardo el yugo,
y el oficio de verdugo
ejerceis entre los dos.
Marques. Calumnia! yo tal bajeza!
á mí verdugo!... eso es...
Conde. Pero calumnia, marqués,
que os va á costar la cabeza.
Marques. Cómo!...
Conde. Quereis de ese mal
libraros?
Marques. Ah!... sí señor.
Conde. Quereis que doña Leonor
vuelva á la gracia real?
Marques. Tambien, tambien...
Conde. Si es así...
Marques. Decid lo que debo hacer.
Conde. Solo oir, callar, y ver.
(*Mirando á la izquierda.*)
Ah!... la reina viene aquí.
Pronto, en la capilla entrad.
Leonor. Y si penetra y nos ve?....
Conde. No entrará, la detendré.
Marq. y Leo. Vos! —
Conde. Yo, sí; vamos, andad. (*Entran.*)

(Corre el conde á ocultarse detrás de la puerta por donde sale la reina. Sale esta, y aparecen algunas damas en el dintel de aquella, las que á una señal del conde se retiran, y este cierra la puerta sin que lo note la reina.)

Fortuna, si de este modo
no logro parar tu rueda,
nada que intentar me queda,
y es fuerza arriesgarlo todo.

ESCENA VI.

LA REINA. EL CONDE.

Reina. Tampoco está Everardo: hoy mi deseo
en nada se cumplió... quiero despacio...
Y mis damas... dó están?... cielos! qué veo!!
El conde!... Qué buscais en mi palacio?
Venis á asesinarme! Háis ofrecido
mi cabeza á don Juan?... alma villana!...

Conde. A arrojarme no mas hoy he venido
á los piés de mi reina y soberana.

Reina. Apártate, traidor: ya sé quién eres.
Palaciego infernal... sé tu falsía:
sal de aquí pronto si la vida quieres,
ó vas á perecer á una voz mia.

Conde. Pronunciadla, señora; libre estais:
aguardo á los satélites sereno...
Mirais este puñal?... pues si la dais
á vuestros ojos lo hundiré en mi seno.

Reina. Acabemos: decid vuestra demanda
sin abusar de la paciencia mia.

Conde. Descuidad, que no viene hoy Peñaranda
como en un triunfo á vuestros piés solia.
Hoy es un español, lleno de encono:
un hombre á quien le sobra la entereza,
que viene á alzar su voz delante el trono
aunque arriesgue ante el trono su cabeza.
Escuchadme por Dios, doña Mariana!
oidme si quereis esta vez sola...

y ved que si nacísteis alemana,
aquí teneis que ser reina española.

Reina. Qué me quereis decir?

Conde. Que pregunteis
lo que os quiero decir, me maravilla.
Señora! os ocultaron que teneis
al príncipe á las puertas de la villa?

Reina. Santo Dios! Es verdad?...

Conde. Nada hay mas cierto.

Reina. Don Juan viene á Madrid!... Audaz se atreve
á llegar hasta mí... y nadie le ha muerto?...
nadie ha vengado su traicion aleve?...

Conde. Quién á tanto ha de osar?

Reina. Pues qué! en mi corte
no habrá quien se prepare á la contienda
y el plan horrible de don Juan aborte?
no habrá quien de ese mónstruo me defienda?

Conde. Quién os ha de ofender! Por vos, señora,
y el monarca español, miles de aceros
blandirá nuestra diestra vencedora...
mas no por vuestros viles consejeros.
Os aislaron aquí: fuera de España
nuestro ejército está roto, deshecho;
y en tanto que en Madrid hierve la saña,
el Austria allá lo esplota en su provecho.
Mas... tan alto edificio hoy se arruina;
mirad cuál es la fuerza que aprontaron:
una tropa soez, sin disciplina,
los gremios que este sitio profanaron...
ejército sin fé, torpe, medroso,
que el estallido del cañon desvanda...

Reina. Parece que ese cuadro pavoroso
os complace, os deleita, Peñaranda.
Por ventura, sabeis quién lo corrija?
ó entrásteis nada mas que á imponer leyes?
á tanto os atreveis? Declarad!...

Conde. Hija
de emperadores sois, madre de reyes.
Os conozco muy bien: como hombre honrado
ciego idolatro á la real persona,
y nunca Peñaranda ha rebajado

la augusta dignidad de la corona.
Pero en nombre del reino todo entero
os pido hoy la salud... harto importante:
desterrad á Everardo lo primero,
y á Consuegra don Juan vuelve al instante.

Reina. Del príncipe sois vos quien me responde?
vos que servís á la traicion de espejo...
no es esto darme leyes, señor conde?

Conde. Esto es daros, señora, un buen consejo.

Reina. Lo agradezco; partid, y por respuesta
decidle á ese bastardo que le espero;
que puede serle su ambicion funesta...
muy funesta... entendeis? id, caballero.

Conde. Estais en un error: os engañaron:
el príncipe don Juan nada ambiciona;
y aunque tanto sus hechos infamaron,
respeta como yo vuestra corona.
Es un valiente, sí; vástago hermoso
de los invictos héroes españoles...
de aquellos que en un tiempo mas dichoso
de lealtad y de honor fueron crisoles.
Los pueblos á su espada vencedora
piden favor; y por templar su saña
aquí viene... no mas; y ved, señora,
que detrás de don Juan viene la España.

Reina. (Infeliz Everardo!)

Conde. Y bien, quereis
una guerra civil, que no es precisa?...
Ah! señora! mirad qué es lo que haceis...
mirad que si don Juan las calles pisa...
al fin es hombre... al fin puede, arrastrado
por la ciega ambicion y justo encono,
embriagarse en el triunfo y denodado
buscar la senda que conduce al trono.
Quereis por todo atropellar? pues sea:
la guerra será atroz, asoladora...
quereis dar la señal de la pelea?...

Reina. Dejadme aquí pensar...

Conde. Bueno, señora.
(*Presentándole unos papeles.*)
Estas pruebas podeis tomar por guia;

en ellas solo cifro hoy mi esperanza:
por ellas puede ser que vos un dia
me volvais otra vez la confianza.

Reina. A vos, conde? jamás!

Conde. Oh! cuánto hicieron
los pérfidos que aquí me calumniaron!
Con sórdida intencion se propusieron
malquistarme con vos... y lo alcanzaron.

Reina. Señor conde, salid... que delirais,
y sed mas reverente á mi persona.
Si es calumnia tambien, por qué no vais
á recabarla del marqués de Aytona?

Conde. (*Bajo.*) Y si el marqués á vuestros piés viniera
y el error confesára de sus celos...
la reina Mariana qué dijera?

Reina. Imposible!...

Conde. (*Alto.*) Marqués!

(*Abrense las puertas de la capilla, y sale el marqués conduciendo de la mano á doña Leonor.*)

Reina. Qué miro, cielos?

ESCENA VII.

LA REINA. LEONOR. EL CONDE. EL MARQUÉS.

Marques. Señora... un error funesto...

Leonor. Nunca ¡oh reina! te ofendí.

Reina. Leonor... acércate á mí...
dáme los brazos!...

ESCENA VIII.

LA REINA. LEONOR. EL CONDE. EVERARDO. EL MARQUÉS.

Everardo. Qué es esto?

Conde. Esto es que se ha convencido
su magestad, gran señor,
de que al fin... doña Leonor...
es digna de su marido.

Everardo. Conque digna?... está muy bien:
la nueva me satisface...
por tan feliz desenlace
reciba mi parabien.
Conde. (*Ap. á la reina.*)
Resolved pronto, señora,
y mirad que es corto el plazo...
Reina. (*A Leonor y al marques.*)
Venid... Leonor, dame el brazo.
Marques. Qué reina tan seductora!

ESCENA IX.

EL CONDE. EVERARDO.

Everardo. (Sale de aquí sin mirar...)
Conde. Ay, padre! sabeis que ha sido
en vos notable descuido
no haberme mandado ahorcar?
Everardo. Aun no es tarde pienso yo.
Conde. No es tarde? que eso digais?
Vamos, sin duda llevais
muy atrasado el reló.
Everardo. Que el vuestro adelanta infiero.
Conde. Padre... suceder bien puede,
porque lo adelanto adrede
para llegar el primero.
Everardo. Pues hoy os habeis dormido:
há tres horas vine á aquí.
Conde. Pues yo cuatro.
Everardo. Cuatro?
Conde. Sí.
Everardo. Dó estuvísteis?
Conde. Escondido.
Everardo. Ya!
Conde. Pues!
Everardo. Dónde?
Conde. No hace al caso...
Everardo. No os fiais?...
Conde. Sí, me fio...

Básteos saber, padre mio,
que caminais al ocaso.

Everardo. Y si despues os demuestro
que el sol vuelve á brillar puro
en su oriente?...

Conde. Os aseguro
que ese sol no será el vuestro.

Everardo. Vos ignorais, en verdad,
cuántas fuerzas he aprestado...

Conde. Vos no habeis visto al legado
que manda su santidad.

Everardo. No... pero sé á lo que viene:
sé que la corte de Roma
en mi daño cartas toma
porque ya envidia me tiene.
Mas la reina no ha de ver
los breves... oh! yo os lo fio.

Conde. Y si por conducto mio
los tuviera en su poder?

Everardo. Entonce en vuestra balanza
mas peso se añadiria...
pero nunca perdería
de venceros la esperanza.

Conde. Buena esperanza, por Diós!
En el palaciego oficio
casi pareceis novicio...

Everardo. Mas astuto soy que vos.

Conde. Pero un poco descuidado...
Con su magestad contábais...
ya lo veis, no lo esperábais,
al fin deshice el nublado.
Santo padre... por la luz!
tal vez pudísteis creer
que hareis á don Juan correr
presentándole una cruz?
Mirad, como amigo os hablo:
no lo llegueis á intentar...
pues sabe él que suele estar
detrás de la cruz el diablo.

Everardo. Juzgar de nada podemos...
ni á nosotros corresponde...

ya veremos, señor conde.
Conde. Señor ministro, veremos.

ESCENA X.

EL CONDE. EVERARDO. UN UGIER.

Ugier. Su magestad manda entrar...
Everardo. (*Dirigiéndose á la cámara de la reina y mirando con desprecio al conde.*)
Ja! ja! ja!
Ugier. Al conde.
Everardo. (*Aterrado.*) Crei...
Conde. Creisteis mal, era á mí:
idos, que os van á arrastrar.

ESCENA XI.

EVERARDO.

Tanto ultraje, santos cielos!
Podrá este conde villano
arrancarme de la mano
el fruto de mis desvelos?
Oh!... si podrá; lo presumo...
Adios honores, privanza!...
mi vista ya no os alcanza...
desparecéis... como el humo!
Deteneos!... no caigais,
alcázares que algun dia
levantó mi fantasia...
Oh! cómo os desmoronais!
Mas... qué delirio... no, no!
por todo voy á arrostrar!
quiero morir ó triunfar;
que aun el rey soy aquí yo..
(*Pónese á escribir un papel con la mayor precipitacion.*)
Don Guillen!...

ESCENA XII.

EVERARDO. DON GUILLEN.

Guillen. Señor?
Everardo. Tomad...
Al punto, por vuestra vida,
al conde de Fuensalida
este papel entregad.
Y al entregarle el papel
decidle, Guillen amigo,
que ataque al campo enemigo
y que á nadie dé cuartel.
Idos ya, ved que tardais...
A sangre y fuego!... lo oís?
Si del lance bien salís
os daré mas que querais.
(*Vase don Guillen.*)
Traidor conde, de los dos
uno ha de rodar por tierra:
ya está encendida la guerra...
ayude á quien quiera Dios.
Dale consejos... bien, sí...
mientras aquí me prevengo:
necio!... ignoras que yo tengo
la vista clavada en tí.
Será inútil pretension
querer á la reina hablar...
pero... yo me haré anunciar
con el trueno del cañon.
Mas... cielos! no es ella? sí...
de turbacion dá señales...
vendrá á anunciarme otros males?...
Tal vez su gracia perdí!...

ESCENA XIII.

LA REINA. EVERARDO.

erardo. Qué es lo que debo esperar
de ese pálido semblante?
Salió la traicion triunfante?
Os dejásteis engañar?
Me venís á reclamar
el poder? Ya me dá enojos:
tomadlo... que solo abrojos
en él hallé; ni un suspiro
me ha de costar... mas, qué miro?
vierten llanto vuestros ojos?
Reina! á qué es esa ternura?
Yo no merezco, señora,
que me despidais ahora
con tan suprema ventura.
Ya desciendo de mi altura...

ina. Oh! yo no os quisiera ver
de esa altura descender...
los cielos me son testigos!...
pero teneis enemigos
que no podemos vencer.
Roma con esta ocasion
vuestro destierro me aplaza,
y si no cedo... amenaza
lanzarme la escomunion!
Comprendo la sinrazon
que os arrebata el poder,
mas lo llegó á disponer
la santidad de *Inocencio*,
y es fuerza guardar silencio,
silencio... y obedecer.

erardo. Señora... que os guarde el cielo:
lo quiso la suerte mia...
Oh! plegue á Dios que algun dia
no echeis de menos mi celo!
De los Alpes entre el hielo

voy á ocultar mi mancilla...
Adios!... reina de Castilla;
aunque la opinion me infame...
siempre tendreis quien os llame
del Rhin en la opuesta orilla.

Reina. Oh! jamás olvidaré
que en igual suelo nacimos...
la primera luz que vimos
bajo un mismo cielo fué.
Mas yo, padre, endulzaré
vuestra soledad allí,
tendreis lo mismo que aquí...
cuanto podais anhelar!...
y nunca os podré pagar
la aficion que os merecí.

Everardo. Con honores... no, jamás;
ni con riquezas podreis...
pero el llanto que verteis,
decidme, no vale mas?
Oh!... sufro aquí por demás...
moderad vuestra clemencia
y hasta... evitad mi presencia,
porque podeis conocer...

ESCENA XIV.

LA REINA. EVERARDO. EL CONDE.

Conde. (*Interponiéndose entre los dos.*)
Es verdad, cómo ha de ser;
no hay mas que tener paciencia.

Everardo. Señor conde, haber llegado
os agradezco infinito.

Conde. Tan alto poneis el grito...
que me llené de cuidado.

Everardo. Bien se conoce el afan
conque por mí os desvelais...
(*Bajo.*)
pero os advierto que vais
pisando sabre un volcan.

Conde. Me alegro...

(*Suenan cañonazos á lo lejos, que no cesan hasta la conclusion del acto.*)

Everardo. (*Con vehementísima alegría.*)
Ah!!!...

Conde. Cielos!

Reina. Qué es esto!

Everardo. Eson son nuestros cañones,
que arrollan los escuadrones
de ese príncipe funesto.

Conde. Hum!... Vive Dios!...

(*Vase precipitadamente por la derecha.*)

ESCENA XV.

LA REINA. EVERARDO.

Reina. Qué habeis hecho!

Everardo. Sofocar la rebelion;
hacer frente á la traicion
y vencer á su despecho.

Reina. (*Dejándose caer en un sillon.*)
Ya no es tiempo, padre, no.

Everardo. Probémoslo... y ved, señora,
que nada perdeis ahora;
quien gana ó pierde soy yo.
Valor os ha de faltar?
Tened como yo osadía.
Pensásteis que os dejaria
la regencia arrebatar?
La primera os quiero ver
en los destinos supremos...
y os veré! porque aun podemos
de los rebeldes vencer.

Reina. Y Roma!

Everardo. Dejadme á mí:
que á ajustar escomuniones
le mandaré los leones
que nos sobran por aquí.

Ya nos hemos arrojado,
y si alcanzamos la palma...

ESCENA ULTIMA.

LA REINA. EL CONDE. EVERARDO.

Everardo. Ah!... qué me dice esa calma!
Conde. Me pusísteis en cuidado.
Reina. Cómo!
Conde. Que vienen y van,
y todo es algaravía,
y salvas de artillería
que festejan á don Juan.
(*Oyese á lo lejos repique de campanas.*)
Reina. Entró en Madrid!
Conde. No, señora.
Jamás en ello pensó;
hasta las puertas llegó
y francas las deja ahora.
Everardo. (Murió la esperanza mia.)
Conde. Ya presenté el manifiesto,
y al saber que estais depuesto
todo es fiesta y alegría.
Mas no tanta, que si os ven
se alegren tambien con vos:
al punto salid, por Dios,
porque no estais aquí bien.
Vos sentireis demasiado
que el conde en este momento...
Everardo. Señor conde, lo que siento
es no haberos visto ahorcado.
(*Oyense voces tumultuosas á lo lejos.*)
Conde. Eh? qué tal?
Reina. Ah! no respiro!...
Conde. Nada temais por su vida:
le darán fácil salida
los jardines del Retiro.
Un carruage aderezado
en ellos encontrareis,

del que vos usar podeis,
y por nada os dé cuidado.
No es á vos este desaire,
es al Austria: idla á contar
que aquí logró edificar...

Everardo. Qué?

Conde. *Castillos en el aire.*

(Oyese un poco mas cercana la gritería mezclada con los cañonazos y repique de campanas, y cae el telon.)

FIN DE LA COMEDIA.